

MEDITACIÓN

**A NUESTRO PADRE JESÙS HUMILDE
EN SU CORONACIÓN DE ESPINAS**

Iglesia Parroquial de San Antonio de Padua

Córdoba, 1 de febrero de 2025

Y Tú, esperando.

Esperando verme entrar
y estar amando.

Esperando oírme hablar
y estar rezando.

Esperando.

Esperando a ver mis manos
ocupadas,
desclavando.

A que pose ya mi lanza
y sea una rosa
en tu costado.

Y Tú esperando.

Esperando a que me ponga
la medalla
y a ti el *dorado*.

A ser humilde entre la gente,
como tú me has enseñado.

Despojarme de otros ternos
y abrigar mi alma desnuda.

Arroparme con tu clámide
en tu regia vestidura.

Y Tú, esperando.

A que elija lo importante,
sin dejar lo secundario.

A que seas la prioridad,
lo demás, complementario.

Tu corona sea mi reino,
tu dolor, mi mecenazgo.

Y Tú esperando.

A que iguale en tu cuadrilla,
a que siga bien ..*tus pasos*.
Que me levante contigo
cuando me sienta arriado.
Que brille más tu hermosura
que tu canasto dorado.
Que descolle tu figura,
más que cualquier buen trabajo.
Que reluzca tu presencia
con el faldón siempre abajo.

Y Tú, esperando.

Y ver a tu Zumbacón
siendo reino, siendo barrio,
siendo pretorio de amores,
de Merced bien coronado.
De un Lunes Santo glorioso,
y otros lunes, y otros martes,
..trescientos sesenta y cuatro.

Y Tú esperando.

Que vengamos a tu altar
y no encubran tu mirada
una jarra, un candelabro,
una flor, oros y platas.
Un contenido atrayente,
un continente ignorado.

Y Tú, esperando.

Vernos aquí, meditando
en una bulla silente,
tan concurrida y valiente
como al frente de tus pasos.

Porque tú siempre estarás
en tu altar, en tu sagrario,
en tus retablos andantes
y hasta en la sangre divina
de tu madre bajo palio.

Y Tú esperando.

Que te vean y te veamos
en las personas humildes,
los enfermos, los ancianos,
abandonados, sin techo,
sin amor, ..desheredados.
Te miran y no te ven
te aplauden, pero de lejos.
Cuántos altares vivientes,
cuántos pasos sin costeros.
Y nos sigues esperando
a que te abramos la puerta
de tus sagrarios tapiados.
Te seguimos coronando.

Y Tú, esperando.

A que el grano de mostaza
lo enterremos en barbecho,
que no hay tierra que sea estéril,
que no hay excusa de asfalto,
que hay labor en este campo.
Que hay semillas esperando,
que hay granos desesperados.
Que no hay tiempo que perder,
que hay talentos bien dispuestos,
que hay talentos estancados.

Y Tú esperando.

A que lleguen golondrinas
hasta tu nido sagrado,
hasta ese cilicio de leña,
de dolor entrelazado.
Que arranquemos tus espinas,
que carguemos con tu cruz
y también la del hermano.
Que curemos las heridas,
que ofrezcamos otro hisopo,
vacío de vinagre,
lleno de unguento,
para enjugarnos el alma,
para calmar tu tormento.

Y Tú, esperando.

A dejar en paz tu caña,
esa burla, esos desprecios,
la humillación, las injurias,
la vejación, el maltrato,
la envidia y el odio ciego.
A cambiar ojo por ojo
por obras, que sean de amores,
y esa ley del Talión
por ley de Dios, sin rencores.
Que el cetro que llevas
nos muestre el camino
mostrándome a Cristo,
a un Rey venerado
en arte esculpido.

Y Tú esperando.

Que el rebaño fiel
siempre te siga,
que la oveja descarriada
reaparezca
y que el buen pastor
se muestre preocupado.
Que se ocupe, que se ofrezca,
se desviva,
que se dé, que pastoree,
que se sienta ..enamorado.
Evitando que el rebaño
se disperse
si el relámpago y el trueno
lo espanta,
si los vientos de la noche
vienen fuertes,
si en la sombra oscura
aprieta el frío
y el cariño se nos queda
congelado.

Y Tú, esperando.

Que la paz sea, de una vez,
entre nosotros.
Mi paz os dejo,
mi paz os doy.
Un mensaje
que nos ha sido enviado
y no siempre recibido.
Que no basta,
apretar bien una mano
si atacamos con la otra
a nuestro hermano.

Que tratemos al amigo
con sonrisas
y al vecino de enfrente
exaltados.

Y yo, esperando.

Que me acojas en tu reino
si he faltado,
que te vea en tus altares
de la vida,
que te abra tus sagrarios
cancelados.

Que predique tu amor
con el ejemplo,
que haga bienes
sin mirar a quiénes
y que busque al de arriba
allá en tus pasos.

Y yo esperando.

Que me quieras a pesar
de mis pecados.
Que me encuentres
si no te busco
y me hables
si me callo.
A que bajes tu mirada
y me encuentres a tu lado.

Y yo, esperando.

a subir hasta la cruz
de tu tormento,

a bajarme de la cruz
bien enmendado.

A vivir tu penitencia
en cofradía.

A vaciar el sepulcro
de mis males.

A creer que por mí
has resucitado.

Y yo esperando.

A decir lo que se piensa,
a pensar lo que se dice,
a decir lo que te quiero,
a sentir cuánto me quieres,
a querer como has amado.

Por eso, Señor, mi Dios,
Por eso, Señor, por eso,
seas por siempre, mi Señor,
seas bendito y alabado.

**Sé por siempre,
mi esperado.**

Venerable, Ilustre y Mercedaria Hermandad del Santísimo Sacramento y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús Humilde en la Coronación de Espinas, Nuestra Madre y Señora Santa María de la Merced y San Antonio de Padua.

Mi querida Hermandad de La Merced, con la que siempre he vivido y de la que siempre he vivido. De la que siempre he bebido para saciar mi sed de ti Señor Humilde y Coronado de Espinas y de tu bendita Madre y Merced Nuestra, con la que tanto hemos andado en la mejor compañía y costalería. Querida y admirada Junta de Gobierno, con su Hermano Mayor al frente. Seguro que el Señor y La Virgen, están, como así estamos, muy orgullosos y agradecidos de vuestra labor intensa y extensa. Puede que pronto llegue a su fin, pero nunca caducará ni pasará al olvido. Gracias por mostrarnos, allanarnos y ensancharnos este fascinante camino mercedario.

Pero no estamos hoy aquí para hablar de esto, ni siquiera, -si así me permitís la expresión-, para hablar con vosotros. Prefiero creer, y así lo pretendo, venir hasta tu altar para hablar a solas Contigo, Señor. Sabemos que, a veces, te vales de medios, estrategias y personas para encontrarte con alguien, para acercarnos a ti, para fijar nuestra atención, y el corazón, en lo importante y no en lo secundario, que es lo que en demasiadas ocasiones acostumbramos a hacer por estos *barrios de abajo*. Hoy, lo has utilizado conmigo valiéndote de Pablo, nuestro Hermano Mayor, a quien siendo amigo, además de hermano, y presidiendo y actuando en nombre de esta casa, no podía fallarle ni negarme para este encuentro, meditación y acercamiento. Como ya hubo un largo tiempo, gratificante, fructífero y maravilloso, en el que utilizaste a mi favor, al menos, a treinta personas y a toda una cuadrilla para que buscara la cercanía y encontrara el refugio, el amparo y la Merced de tu bendita Madre Y en esas estamos, en esas seguimos y hasta aquí hemos llegado. Todos, en cuadrilla o sin ella, pregonen o no pregonen, exalten o no lo hagan, llevamos dentro una espadaña interior, con su campanil y todo. Campanilla que puede estar en reposo, averiada o incluso desechada. Hasta que llega un buen alma, un buen alma de monaguillo, y se cuelga de nuestra soga; activándola y haciéndola repicar de nuevo. Suele suceder que las campanadas recuperadas del badajo alegran no sólo al que está colgado del entrelazado esparto, también a vecinos y feligreses, que atentos y jubilosos atienden la llamada a la oración, a la casa de todos, a la casa del Padre. Y suele ocurrir que hasta esa propia espadaña celebra y se manifiesta dichosa y orgullosa de ser portadora de

esa convocatoria, de esa *..llamada de atención* y devoción. Pues así me siento yo ahora, Señor. Como esa pequeña espadaña y esa minúscula campanita. Ojalá y mis humildes tañidos lleguen al oído de vuestro sagrado corazón en el altar y del corazón humano de quienes ocupáis estos asientos.

Y quizás, por esa intimidad y *soledad acompañada* de este encuentro, ni siquiera se me ocurre pedirte disculpas por mis deméritos, mis errores y mis limitaciones. A fin de cuentas, este volteo y repiqueteo de palabras suenan para ti, es algo entre Tú y yo. Una conversación en la intimidad. Un diálogo mitad humano y mitad divino. Te miro, te escucho, te hablo, te siento, te admiro, reafirmo tu grandeza, confirmas mi insignificancia, y me aferro y empuño tu bendita corona de espinas de humildad, de amor parido con dolor, de majestad. Y todo esto, todas esas espinas, todo ese sufrimiento, todo ese escarnio, por mí, que soy el insignificante, que somos los insignificantes. Si de campanas y hacer resonar hablamos, como un cascabelito en el campanario de una inmensa catedral. Así me siento yo ante ti y ante esta audiencia. Así has de ser de grande y todopoderoso, para acaparar y soportar tanto mal y tanto latigazo a tus espaldas. Nosotros liberados y Tú, aún sigues con las manos maniatadas. Y seguimos mirando para el otro lado, mirando al suelo, para así evitar tu mirada y la del cielo. Sin saber, sin querer, o sin decidirnos a desatar ese nudo que amarra tus manos y también nuestro corazón. A qué esperamos para desatar lo atado. A qué esperamos para ser la soga sin nudos de tus manos. A qué esperamos para coronarte como Dios manda. Y mereces.

Reconozco, Señor, que mi entrada y mi llegada ha venido cargada de dudas y hasta reproches. Así somos mi Dios, conformes y disconformes, encantados y decepcionados, apasionados y decaídos, creyentes y *..hasta desconfiados*. Todo a la vez, no tengo remedio. O no se lo quiero poner. Por eso acudo a ti, para pedirte ayuda en mi camino errante y tantas veces errado. Para que me sigas mostrando esa llama de luz que con frecuencia y reincidencia soplamos y apagamos. Tantas y tantas veces me lo has indicado, que las he olvidado otras tantas. A fin de cuentas, seguimos siendo como niños, hay que repetirnos las cosas mil veces, porque así creemos que, antes o después, surtirán su efecto y algo nos quedará. Como eso esperamos padres y

maestros, Señor. Algo les quedará a esos hijos y a esos alumnos. Eso esperamos, ¡hasta con los nietos! De todo tenemos. De todo hemos sido. De todo ejercemos.

Siempre se ha de estar dispuesto a escuchar las enseñanzas. Pues eso, Señor, y por eso, repítemelo de nuevo, ten paciencia conmigo. Si yo quiero, y te quiero, pero a veces no me sale, a veces no te escucho y, otras veces, hasta te llevo la contraria.

Cómo somos, Señor. Siempre esperando y confiados en tu perdón. Qué ventaja la nuestra. Qué paciencia la tuya. Estamos abusando de ..nuestro propio padre, ese que todo lo puede, ese que todo lo sabe, ese que todo lo tiene. y, sobre todo, ese que todo lo perdona. Hablamos en pasado de aquellos soldados, de aquel pueblo, de aquellos gobernadores y resulta que siguen vivos. Siguen estando entre nosotros. Y hasta resulta que somos nosotros. Perdónanos, Señor. Señor y dador de vida. Creo en el perdón de los pecados.

Lo bueno que tienen estos ratitos de oración es que, después de haberte visto, siempre salimos por esa puerta reconfortados, y hasta valientes, con la receta ideal para ser mejor persona, mejor hermano, mejor esposo, mejor padre, mejor hijo, ..mejor abuelo y hasta mejor no capataz, que tiene su misterio, no creas. Ahora no hay tantas coartadas para justificar el servicio. Ahora toca animar por fuera y ayudar por dentro. Menos mandar y llamar y más empujar, aunque no se tire del carro. Aprender a ponerse otro costales y a ser costalero de la vida, de la familia, de faldones para afuera en tu hermandad, de faldones para adentro en el paso de nuestra vida interior, de enseñar a andar al que pregunta, al que no sabe o al que tropieza.

¡Bendito sea tu trabajo, costalero! dentro y fuera de los pasos. Y benditas sean tus chicotás, cargando y llevando con elegancia los kilos de la vida y hasta los de la gente que nos quiere y nos rodea. O no nos quiere, que también hay calles malas pero hay que andarlas. Hasta por fuera, hasta en el relevo hay que seguir siendo costalero, ¡y parecerlo! Lo que conviene y de lo que se trata es ir de frente y empujar, es mostrarse menos, aparentar menos y ..echar el faldón abajo. Están demás los respiraderos expositores y transparentes. ¡Hay tanto bueno que guardar y preservar ahí dentro, Señor!

Y sé que hablo mucho, Señor. Vine a escucharte y no paro. Pues así, casi siempre. Pues así, casi todo. Acudimos a ti para escuchar tu mensaje, tu doctrina, tu evangelio y acabamos pidiendo el préstamo, casi siempre a fondo *perdío*; quejándonos de

nuestros males y hasta exigiéndote que pares nuestras guerras, que inundes nuestras sequías y hasta que seques nuestras ..inundaciones. El caso es que Tú y sólo Tú, parece que has de poner remedio a nuestros ..*desvaríos*. Y Tú, como comenzaba esta oración, Tu, esperando. Escúchanos, Señor; pero, sobre todo, perdónanos y ten misericordia de nosotros, Señor.

Tú lo sabes todo. Y hasta me gusta pensar lo que estarás pensando. Lo que piensas de mí, lo que piensas de mi hermandad, de mi parroquia, de mi fe. Incluso hay algo que quisiera me compartieras, lo que piensas y lo que sientes por los que no son de mi hermandad, ni son de mi parroquia, ni de mis tertulias, ni de mis pensamientos, ni de mi fe. Esos que nosotros vemos tan raros y hasta tan ..*dudosos*. Deberías darnos una lección, o más concretamente, repetirnos la lección para que nos entre, para que la aprendamos de una vez. Puede que no hayamos entendido del todo bien tu catequesis. En tu permanente enseñanza anterior debíamos de estar ..en otra cosa, en nuestras cosas. Ya sabes. Estamos muy ocupados en mirarnos el ombligo. Y el tiempo que nos sobra lo dedicamos ..a los demás, a juzgar la vida de los demás, a organizarle la vida a los demás. ¿Te parece poco?

No es justo señalar a todos, claro está, pero nos sobra ombligo y mirilla y nos falta recoger nuestras propias pelusas, ¿verdad? Y quizás ese tiempo y esa dedicación deberíamos emplearla en el espejo. En espejo de propio uso y no en el de reflejar y deslumbrar a los demás. Tenemos que limpiar nuestras casas antes que reprochar el polvo de la vecindad. Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, me pesa de todo corazón el haberos ofendido.

Haberos ofendido queda expresado también en plural, quizás porque las ofensas son plurales, incluyen a quienes son portadores de tu sagrario, seguramente, tapiado por nosotros y por nuestra injusticia, como ya señalaba al comienzo. Quisiera aprender de una vez a respetar como me respetan, a no dudar como no me cuestionan, a hacer el bien sin mirar a quién se lo entrego. Tu imagen lo dice todo. Basta mirarte con ojos de *no artista*, ni siquiera de cofrade se hace necesario. Dolor y odio con amor se paga.

Divino ejemplo, a ver cuándo lo hacemos humano.

Te adoramos Cristo y te bendecimos.

Señor pequé, tened piedad y misericordia de mí.

Señor Humilde de la Coronación, aquí también tenemos espinas. Tú lo debes saber mejor que nadie. Tu cabeza y tu espalda, a veces pienso que es un auténtico *mapamundi*. Tu corona es cada vez más grande, la hemos repartido y extendido como una infección, como una plaga, como lava de un volcán. Y lo sorprendente es que nos *coronamos* entre nosotros mismos. Nos peleamos hasta por poner la espina más grande. Algunas veces llegan solas, como la enfermedad, pero la mayoría de las veces tienen remitente y, sobre todo, destinatario. Que se lo digan a los niños que bombardean con espinas. Que lo cuenten los que andan por el mundo buscando un país de residencia, aunque no le llamen patria, impidiéndoselo las espinas fronterizas. Viajan en barcas abarrotadas de espinas. Que lo declaren, las que mueren por amor al odio, asesinadas con espinas. Que lo griten, Señor, porque hablar no pueden, los perseguidos, los expulsados, los encarcelados, los torturados por pensar como quieren y por actuar como piensan. Espinas intransigentes y tiranas son las responsables. Podría continuar coronándonos con estas *glorias*, pero tampoco sería justo, Señor, no reconocer a tantos buenos samaritanos y samaritanas, tantos cirineos, tantas Marías Magdalenas de nuestro tiempo. Tantos servidores de los que menos tienen, a algunos ya solo les queda la soledad, su soledad. Tantos y tantas bienhechoras de la humanidad que van arrancando espinas y sembrando amor. Dentro y fuera de las iglesias. Dentro y fuera hasta de nuestra propia fe. Y hasta dentro y fuera de la propia justicia. En esas estamos, Señor. Ayúdanos a tomar parte y partido en esta nueva coronación de amor, de solidaridad y de caridad. Y a que rechacemos y luchemos contra esta otras nuevas crucifixiones. Que tus pies en la tierra y tu mirada hacia el cielo nos señalen el camino, el camino, la verdad y la vida.

Qué puedo hacer, Señor, para ser buen hermano, mejor hermano: Mejor hermano número 3, 103, o 903; mejor hermano hasta con la hoja de inscripción recién cumplimentada. Porque, bien sabemos que tú no te riges por números, ni apellidos, ni escalafones; ni categorías sociales, ni económicas. Para ti, solo existe una selección predilecta, la de los hijos de Dios. Una selección más extensa y más diversa de lo que podamos imaginar Y hasta de la que consta como hijos de Dios en nuestros archivos

humanos. Somos elegidos, es verdad, pero las igualás del Señor son infinitamente generosas, y nunca excluyentes. Estamos muy confundidos con hacer valer nuestra ..privilegiada condición, mucho más cuando no viene acompañada de una coherente actuación. Y, sobre todo, cuando viene acompañada de una egoísta exclusión. Qué trabajito, por ejemplo, nos cuesta entender, y algunos aceptar, que tú también estás en la cárcel, y sin ninguna intención de salir de ella, sobre todo mientras permanezcan allí esos corazones aprisionados, desposeídos de libertad y, a veces, hasta de su propia dignidad. Allí estás tú, como uno más. Un interno y un voluntario divino y ejemplar. Por cierto, Señor, no hace falta que te diga lo que ya sabes, bendita labor y dichosa pastoral penitenciaria. Qué manera más mercedaria de ser ..mejor hermano. Ni siquiera se haría imprescindible desplazarse hasta aquellas celdas, bastaría con saber y querer atender a quienes sufren condena entre tantas rejas de nuestra sociedad, de nuestras familias, ..de su soledad. Por estas razones, no debiera causarnos miedo ni temor entrar en esa cárcel, También la libertad la podemos encontrar allí dentro, la nuestra y la de los demás.

Esta pasada Navidad, Señor, con ocasión de las actividades llevadas a cabo por nuestra hermandad en el centro penitenciario, pudimos comprobarlo, y hasta disfrutarlo. Qué bonito y qué valioso puede llegar a ser llevarles un soplo de aire fresco, de música, de compañía, de formación a esos hermanos, también hijos de Dios, que viven en ese barrio enrejado, tan desechado y amurallado. Que pronto encuentren su puerta de salida. Y nosotros la de entrada.

Mejor hermano, que también rima con no jurar en vano. Qué necesarias, qué útiles, qué populares, qué portadoras y transmisoras de fe son nuestras hermandades y cofradías. Cuánto las necesitamos. Cuánto nos necesitamos, nosotros de la iglesia y viceversa, nosotros de la sociedad y viceversa. Qué gran testimonio estamos obligados a dar en nuestra vida, en nuestros barrios, en nuestras parroquias, en nuestras propias hermandades. No hay excusas. Así lo hemos elegido y así, hasta lo hemos jurado. Por cierto, Señor, seguro que te pasa como a mí y te llena de emoción ese acto de jura de reglas, como el de anoche, donde, individual y nominalmente somos llamados a tu altar y tu presencia. Cuántos granos de mostaza presentados y sembrados. Cuánta esperanza en una buena cosecha. Cuánta decepción y tristeza si no llegara a cuajar esa *sementera*. En ocasiones, nos atacan tantas plagas. En ocasiones, abonamos nuestra

tierra con tan malos y peligrosos fertilizantes. Ayúdanos, Señor Humilde y Coronado a que seamos auténticos y fértiles, vigorosos y persistentes, leales y coherentes.

Mejor hermano de tu hermandad, que también representa ser mejor discípulo de tu corona, de tu corona de rey soberano, como de nuestro orgullo y privilegio mercedario; de tus divinas espinas, y de nuestro esfuerzo y sacrificio; de tu humildad infinita, y de nuestra prudencia y paciencia. De tu divina majestad, como de nuestra cuidada, esmerada y fiel hermandad. Todo eso, y más, ha de representar, acoger y jurar ese título que tu misterio y tu cofradía nos concede. Que así sea. Que así lo seamos.

También a ti, en un futuro próximo, o puede que hasta inmediato, te llegará el retiro, Señor. Retiro, que no es ausencia, más bien ..recogimiento. Junto a tu Madre, inseparable e indispensable, seguiréis cobijados bajo estos muros, seguiréis estando en casa; aunque habréis de encajar la puerta para que no entre el polvo. Hasta puede ocurrir que, siendo como somos, en un posible reguardo de vuestras benditas imágenes, os echemos en falta como nunca, os reclamemos como nunca, demandemos vuestra presencia como nunca. Cómo somos, Señor y Madre de la Merced. Con la de días, tardes y noches que os quedáis solos, esperando nuestra visita, nuestra oración, nuestra devoción privada y recogida. Hay veces que no tenemos remedio, como hay lunes que no son santos y no salimos a vuestro encuentro. Tenemos que intentar vivir lo que pregonamos, y hablo por mí. Como también tenemos y debemos pregonar lo que vivimos, si es posible con obras, que son los amores más auténticos. Que se lo pregunten a tus valientes, elegantes y poderosos costaleros. A ver cómo se puede tolerar debajo del paso proclamarse un enamorado del Señor y a su vez renunciar, o mal llevar, los kilos asignados. Quién sea digno portador de ese nombre nunca podrá decir, hazte tú cargo de mi trabajo que yo ya estoy ocupado en mi enamoramiento y en este idilio sacro. Si no lo excluye el capataz, lo harán sus propios compañeros. Afortunadamente, esas malas hierbas escasean por estas tierras y cuadrillas. Ayúdanos Señor a tomarnos en serio y con verdad lo que tanto queremos, ..cuando queremos. Hágase tu voluntad y no la mía. Y eso no conlleva renunciar a nada, sino aceptarlo todo, no solo lo apetecible. A tu pasión redentora no le pusiste condiciones, Señor, te las impusieron y las aceptaste con sangre y dolor, porque bien sabías que ese no era el fin, sino el medio de salvación y

liberación. Aprendamos de ti. Aprendamos a aceptar nuestras opciones personales que, evidentemente, conllevan una responsabilidad que ya está incluida en la aceptación y el compromiso. Con más razón en un juramento.

Qué manera más extraña de oración tengo. Me digo, me desdigo; te alabo, te reprocho; te ofrezco, te reclamo; te sirvo, me sirvo; te hablo, no te escucho; me hablas y callo. Cómo es posible que sigas confiando en mí. Sólo encuentro una razón, Amor; amor mayúsculo y con mayúsculas. Como ese otro le tienen y le tenemos los padres a nuestros hijos, que aunque nos fallen, nos tienen. Y nunca nos perderán. También les podemos fallar nosotros, pero siempre estaremos en amor y compañía, hasta cuando nos faltara su compañía.

Tú nunca nos fallas, Señor. Nunca nos has fallado, aunque no siempre tengas un amor correspondido. Y ahí sigues, Coronado y flagelado, curando nuestras heridas, que también las haces tuyas. Heridas que nos hacemos entre nosotros. Heridas que te las hacemos a ti.

Muéveme, Señor,

¡muévame el verte!

Muéveme, en mi calma

y en mi hastío.

Muévame, si te clavo

más espinas,

si me duele tu dolor

y no he querido.

Muéveme,

si me ausento,

si me canso,

si te niego, si te ignoro

y no te sigo.

Si de caña es mi amor

por tu reinado,

si al cerrar tu recogía,

ya te olvido.

Muéveme, Señor,

¡abre mis ojos!

Para verte en los rincones,

en esquinas;

en portal, acartonado,

arrecido,

en la acera de mi vida, suplicante,

en personas donde vives,

donde habitas.

Muéveme,

a tu cabeza ensangrentada,

hostigada por misiles

precedentes,

por las bombas criminales

y asesinas,

por el odio perpetuado

en el presente.

Muéveme,

a ser feliz con lo que tengo

a no hacer daño,

hacer reír,

aunque me cueste.

A presumir, a proclamar,

¡decir quién eres!

Ser quien soy,

quien contigo

me conviene.

Llámame,

a la puerta, al ser de día,
que me salga el sol
por tu costado
y se ponga en mi poniente
cada día,
y en la noche, así me duerma
en ti arropado.

Llámame,

en la vida sorda
que arrastramos,
en el sueño profundo,
hipnotizado;
en la bulla estridente,
atronadora,
en la calma y el reposo,
aletargado.

Llámame,

a la trasera
de este zanco,
a este ansiado,
y suplicante cirineo.
A mi gente,
que no es mía,
siempre tuya,
servidores de mi Dios
y su Merced,
tus costaleros.

Llámame,

al costero de tu Madre,
al cobijo y al calor
de su cuadrilla,
a la senda de un pasado
bien ceñido,
al futuro y caminar
enamorados,
a la sombra y al andar
¡de maravilla!

Llámame,

a las puertas del sagrario,
parihuela de amor
sacramentado,
llamador de nuestra fe,
merced divina,
levantá de cielo en tierra,
Dios coronado.

Aquí me tienes, Señor,

aquí me tienes,
meditando y rezando
a mi manera,
a mi maña, mi humildad
y mi torpeza.
A mi pobre corazón
reconfortado
en el honor y el placer
de tu presencia.

Aquí me tienes, Señor,
aquí me tienes,
con el son de una hermosa
partitura,
de una música admirable,
y abnegada,
de una banda que sin ruido
toca y calla,
de una banda enamorada,
siempre tuya.

Aquí me tienes, Señor,
aquí me tienes,
en mi casa, en mi hermandad,
en tu regazo,
en tu iglesia parroquial
tambaleante,
en palacio y en tu reino,
recogido,
en mi pobre corazón
perseverante.

Aquí me tienes, Señor,
aquí me tienes,
en tu audiencia
en tu presencia real, arca sagrada,
alteza, en madera tallada
con tu nombre.
En presencia de tu Madre,
de una rosa,
que nos tiene prisioneros
en su talle.

A tus plantas
hemos venido
hoy a rezarte,
para dar mi pobre voz,
mis pocos bienes,
cincelarte una corona
de cariño;
abrazarme a tu dolor,
a tu infinito,
y engastarte con mis besos
esas tus sienes.

Hasta ti hemos venido, Señor.

Llama cuando quieras,

aquí nos tienes.

Muchas gracias

José Fernández Fernández